

La ironía

Escribe: HUGO RUIZ

Hacía varias horas que paseaban los dos por las solitarias calles de la ciudad, en medio de la noche. Abrigados por sus raídas gabardinas avanzaban ahora a lo largo de la avenida. Había llovido un poco esa tarde y el asfalto brillaba al resplandor de los neones. Un taxi cruzó a toda velocidad.

—Esa noche ella no salió a la puerta —dijo el padre—. Todos los niños llegaron ante la puerta de su casa, como siempre para nochebuena, pero ella no salió. Los niños esperaron algunas horas, hasta que regresaron a las casas, del brazo de los padres. Aquello se comentó mucho en el pueblo.

—¿Por qué no salió? —dijo el hijo—.

—Luego se supo. Ese año el pesebre no había crecido. Esa misma noche el pesebre apenas sí tenía una que otra figura ritual. Prácticamente estaba vacío. Ella no había podido ya comprar nada para vestirlo. Por esto tal vez, porque no fue capaz de atreverse a explicarlo, no salió esa noche. Yo la conocía bien.

—Sí —dijo el hijo—.

—Yo la conocía bien. Ese fue el motivo por el cual permaneció esa noche en su casa, sin salir siquiera a decir algo. Era orgullosa, en cierto modo. Pero ante aquello su orgullo no tenía nada que hacer. Además, los tiempos habían cambiado. No eran los mismos cuando ya no pudo regalar nada a los niños. Después no salió casi nunca más. Y murió antes de que llegara otra nochebuena.

El padre se detuvo para encender un cigarrillo. El hijo se quedó mirándolo cuando la luz de la cerilla le iluminó el rostro. La noche era fría. De un edificio salieron tres mujeres, elegantemente vestidas, acompañadas de algunos hombres. Hablaban ruidosamente, riendo. Padre e hijo se quedaron mirando a las parejas con disimulo, como si cometieran una falta en ello. El grupo subió a dos automóviles estacionados ante el edificio y partió.

—Te decía —continuó el padre echando a caminar otra vez—. Seguramente aquello la destrozó. Durante diez años, desde la muerte de su hermano, ella había regalado lo que llamaba chucherías a los niños pobres del pueblo. Era casi una tradición, ¿comprendes? Y aquella noche todo se le derrumbó.

El hijo tendría 17 años y caminaba con cansancio al lado del padre, que decía:

—Cuando mataron al hermano, ella quedó sola. Vivían ambos en la misma casa. Una casa inmensa, llena de cuartos. Su hermano trabajaba en un almacén. Un día lo llevaron muerto a la casa. Ella estaba en la ventana cuando vio llegar la camioneta. Un soldado rechazaba con la culata del fusil a los curiosos. El alcalde bajó y fue a golpear en la puerta. Ella abrió, sin comprender aún del todo, únicamente presa de curiosidad y miedo. Solo cuando sintió encima la mirada de aquella gente, compasiva y escrutadora, presintió todo y se lanzó corriendo hacia el vehículo. Su hermano estaba en la parte de atrás, cubierto apenas a medias. El capataz de una finca cercana, que venía también en la camioneta, la alejó suavemente.

—¿Por qué lo mataron? —preguntó el joven—.

—Lo encontraron en una finca conversando con guerrilleros. Entonces el ejército lo mató.

El hijo imaginó a un hombre tendido sobre la hierba, mientras varios soldados disparaban aún. Luego lo vio en la camioneta. Experimentó una rara sensación de lástima y temor al tiempo.

—Después de aquello fue que ella empezó a vestir el pesebre. Y a rezar novenas. La gente se hizo cargo de su situación. Ella no sabía hacer nada útil. ¿Qué iba a saber hacer si nunca la habían enseñado? Se la quería en el pueblo y empezaron a encargarle novenas por las que le pagaban. Con aquello ella podía vivir, y le quedaba aún para comprar los juguetes del pesebre.

Caminaban sin dirección fija. Cuando llegaron a una parte en que la avenida se bifurcaba, descendieron por una de las ramificaciones. Una radiopatrulla dobló en la siguiente esquina para tomar la avenida que habían abandonado. Poco después cruzó otro automóvil. El hijo se cubrió bien con la gabardina. Tiritaba un poco.

—Supe después que al día siguiente ella fue a la casa cural, para hablar con el párroco. Cuando llegó lo encontró sentado ante su escritorio, enjugándose el sudor con un pañuelo. El cura la mandó sentar en uno de los taburetes de cuero que había en su polvoriento despacho.

—Vengo a hablar con su reverencia respecto al entierro de mi hermano —dijo ella—. Murió ayer, como sabe.

—Ajá —dijo el párroco—.

—Vengo a hablar de eso —dijo ella—. Su reverencia dirá.

El cura se movió en su sillón.

—Siento mucho lo de su hermano —dijo—. Pero no sé si estará usted enterada de los acontecimientos que rodearon su muerte. El alcalde me dijo que los soldados lo mataron cuando lo encontraron tratando con bandoleros.

Ella alzó la vista para mirarlo. La noche anterior había llorado hasta el amanecer, durante el velorio. Pero ahora era lo contrario. Una oculta fuerza se adivinaba en su interior.

—No sé nada de eso —dijo—. ¿Qué tiene que ver con el entierro?

El cura volvió a moverse en su sillón. Tenía ese aire entre la decisión y el miedo que caracteriza a los que de algún modo se sienten acorralados.

—La violencia ha hecho mucho mal a este departamento, señorita Isabel. Una persona cómplice es tan culpable como los que matan. Su hermano no podrá ser enterrado en camposanto.

Ella continuó mirándolo de igual forma, como queriendo penetrar en él. El sacerdote no dejaba de pasar el pañuelo por el rostro. Rodeados ambos por los cuadros, libros y muebles que parecían venir desde cinco generaciones de párrocos atrás, permanecieron con las miradas fijas cada uno en el otro durante un instante. Después ella se levantó y él la imitó, ya con cierta confianza en sus ademanes.

—Con permiso, padre —dijo ella—.

—Espero que me comprenda, señorita Isabel. En otras circunstancias, tal vez yo podría hacer algo, pero así... Todo el pueblo está enterado.

—Por supuesto.

El sacerdote le abrió la puerta y se quedó mirándola cuando cruzó la plaza, frente a la iglesia, vestida con un traje negro bajo un sol abrasador. Cerró la puerta, pensativo, y ella desapareció.

—Entonces pasó eso —dijo el hijo—.

—Sí —dijo el padre—. Su hermano fue enterrado esa misma tarde en una lejana vereda del pueblo. Algunos amigos acompañaron esa tarde el féretro, y lo cargaron hasta el lugar del entierro. Por el camino lleno de árboles de matarratón, ella regresó al caer el día acompañada por ellos. Desde entonces se encerró en la casa, y empezó a vestir el pesebre.

La ciudad los rodeaba con sus edificios, con sus casas en las que todo parecía dormido. Una fina llovizna empezó a caer, mientras escuchaban los largos y repetidos pitazos de un tren que partía de la estación. Permanecieron en silencio bastante tiempo, mirando cómo la ciudad continuaba extática, bajo las gotas de agua que seguían cayendo. El padre fumaba, lejano.

—Durante diez años —dijo el hijo—.

—Diez años, once con el de su muerte.

Se detuvieron bajo una ancha cornisa a escampar.

—Yo la conocí en la finca de su padre. Entonces era mayordomo allí. Una tarde ella fue, con dos compañeras. Estaban vestidas con el uniforme blanco del colegio de monjas que había cuando eso. Nosotros estábamos separando los terneros de las vacas para el ordeño del día siguiente y ellas se quedaron observando. Cuando las miré, allí estaba ella. Después volvió muchas veces más. Paseábamos a caballo, en las tardes. Todo hubiera sido de otra manera a no ser por su madre. Era una mujer orgullosa, incapaz de comprender nada. La familia de Isabel tenía dinero. No solamente la finca, sino también la casa, una de las mejores del pueblo, y hasta de todo el Tolima. La madre casi muere cuando supo lo nuestro. Le habló a él. El viejo no era como ella, era un hombre que atendía más a los aspectos humanos que sociales. Pero ella no. Por lo mismo no podía soportar la idea de que su hija fuera a casarse conmigo. Un día me botaron de mi empleo en la finca. Traté de conseguir algo en otra hacienda y lo obtuve, pero al mes me despidieron también de esa.

—Comprendo —dijo el hijo—.

—Sí, fue cosa de ellos. Yo todavía lograba escribirle por medio de sus amigas. Sin hacer nada, me quedé aún más tiempo en el pueblo, gracias a un amigo. Hasta que un día el alcalde me dijo que me fuera del pueblo. Isabel me contó luego, en una carta, que su padre le había dado dinero al alcalde. Entonces ya no me quedó más remedio. Ella me escribió todavía un tiempo. Después, con el correr de los años, no volví a recibir cartas suyas. Algo sabía de cuando en cuando acerca de su vida, pues me había marchado a un lugar cercano. Así, hasta que conocí a tu madre, que en paz descanse.

Como la llovizna había cesado casi por completo, salieron de bajo la cornisa y se encaminaron hacia el núcleo de edificios que veían adelante, a lo alto.

—Pero fíjate. Todo se paga. Después el pueblo sufrió una transformación. Con el algodón empezaron a llegar gentes de todas partes. Llegaban con una o dos mulas y arrendaban una parcela para sembrar, y a las dos cosechas poseían ya cultivos de gran extensión, y casa en el pueblo. Entonces se veían pasar todas las tardes camiones cargados de algodón que salían del pueblo o que, más tarde, se dirigían a la desmotadora que puso allí el gobierno. Los forasteros invadieron todo, se adueñaron de todo. El pueblo fue cambiando. Cada semana se abría un nuevo café en cada esquina. Y por las tardes, mujeres metidas en ceñidos trajes caminaban por las polvorientas calles del pueblo, o se las veía en *yips*, con los hombres. Por las noches gritaban y bebían con ellos. En el campo siempre había un tractor abriendo surcos, y el resto era todo un gran horizonte de motas blancas. Las casas de paja fueron desapareciendo, y en su lugar se edificaron viviendas de material, con fachada, y hasta edificios, en los últimos años. En medio de todo esto, a ellos no les quedó más remedio que sacar todas las tardes un asiento, recostarlo contra la pared y sentarse a ver

pasar las caravanas de camiones cargados de algodón que salían del pueblo. O encerrarse en sus casas, temprano, y comentar en familia los hechos del día y los cambios operados aquellos años.

En silencio, siempre al mismo paso, lento, pausado, caminaban ahora por las calles estrechas del centro de la ciudad. El hijo pensó que tenía sueño. Desde que llegaron a la ciudad, con su padre, un mes atrás, lo había esperado en la pensión, o dando una vuelta por el barrio, sin alejarse demasiado por temor de perderse, hasta que al mediodía, y en las tardes, su padre regresaba, desconsolado. Así desde que se vinieron del pueblo, cuando la muerte de su madre. Ahora era peor: no podían regresar a la pensión.

—El viejo —empezó el padre— se metió en negocios con los forasteros. Arrendó tierras, quiso también sembrar algodón, se confió en ellos. Perdió toda su fortuna. Lo último que pudo salvar lo invirtió en pagar deudas. Esto lo mató. La madre de Isabel era una mujer enferma de siempre y él la siguió a los pocos meses. Entonces quedaron ellos dos.

Tomaron por una oscura calle, dejando atrás los edificios, hasta que llegaron al sitio en donde había varios buses estacionados en fila, a lo largo de la calle. En ese momento salía un bus lleno de pasajeros. Tras las ventanillas, los rostros de los pasajeros aparecían borrosos. Hombres y mujeres esperaban sentados en bancas, con expresión vacía. Se acercaron a un hombre de ruana que detrás de una mesa los miró llegar. El padre lo saludó y el hombre contestó con un murmullo.

El café estaba caliente y lo tomaron con placer. Cuando acabaron dejaron los pocillos sobre el papel periódico que cubría la mesa.

—Nos los apunta, don Julio —dijo el padre—.

El hombre asintió con la cabeza, sin mirarlos. Ellos permanecieron un momento quietos, pero al no ver ninguna expresión en el rostro del hombre se dirigieron hacia la avenida, pasando por la bomba de gasolina que había allí. Caminaban ahora de prisa, como si huyeran de algo. Mujeres bajitas y desgredadas los miraban pasar, recostadas contra la pared. Cuando cruzaron la avenida y doblaron la otra esquina, recuperaron en silencio su paso anterior. El padre encendió el último cigarrillo.

—¿Qué pasó después? —dijo el hijo—.

—Vivieron juntos un tiempo, algunos años. El se empleó en un almacén. Podían pasarlo, más o menos. Hasta el día en que lo mataron.

—Sí —dijo el hijo—.

—Después, ya sabes, empezó con el pesebre y las novenas. Pero cada año era más difícil. Por los que llegaron con el algodón, sobre todo. La gente que se había levantado con ella había muerto, o se habían marchado del pueblo, los menos permanecían en sus casas, al margen de todo. Y los forasteros no creían tanto en novenas, ni nada por el estilo. Ella, en verdad, creo comprenderlo así, tampoco creía mucho. Al menos después de la muerte de su hermano. Ella lo conocía, conocía sus ideas, las que él a

veces le dejaba entrever, a las horas de comida. Es posible que no las comprendiera del todo. Pero para ella contaba lo que era su hermano: un hombre que siempre, después de que murieron sus padres, se preocupó por su bienestar. Tal vez fue esta la razón por la cual, después de tres años, dejó de ir a misa los domingos. Tuvo que volver, al final. No porque creyera, no. Al dejar de ir a misa la gente dejó de encargarle novenas, y sus ingresos se redujeron notablemente. Entonces volvió. Pero de todas formas fue igual. El pesebre era menor cada año. Hasta que al último le fue imposible hacerlo.

De una casa vieron salir dos mujeres de avanzada edad. Llevaban las cabezas cubiertas con rebozos y cruzaron a la otra acera, con paso rápido y corto. Un bus pasó luego lentamente por la calle.

—Sus últimos años los pasó así —dijo el padre—. Viviendo sola en la casa, que ya no quedaba en una parte central del pueblo, pues las nuevas edificaciones la habían relegado a un extremo, pasando tardes enteras en el patio, sentada en una vieja mecedora de mimbre, a la sombra de un alto árbol de mango. No estaba sola únicamente en la casa, sino también en el pueblo. Hasta el párroco que se negó a enterrar a su hermano en el cementerio se había ido. Lo cambiaron por uno joven, que usaba sotana blanca. Y un día, varios meses después de esa nochebuena en que ya no pudo regalar nada a los niños, unas vecinas la encontraron muerta, posiblemente a causa de una antigua enfermedad que sufría. La alcaldía se interesó en seguida en tumbar la casa.

—Es claro —dijo el hijo—.

El padre arrojó la colilla a un charco.

Vieron pasar un camión por la avenida de abajo y escucharon también un repique de campanas que les llegaba de lejos. El cielo se aclaraba poco a poco. Caminaban ahora por un sector de la ciudad en que las residencias lucían sus antejardines y todo parecía limpio y ordenado. Cuando llegaron al parque se sentaron en una banca.

—Va a amanecer —dijo el padre—.

El frío de la mañana los penetraba. Se envolvieron bien en sus gabardinas.

—¿Qué edad tenía ella cuando murió? —preguntó de pronto el hijo—.

—54 años, más o menos —dijo el padre—.

El hijo se quedó observándolo. Su padre tendría un poco más de esa edad. Viéndolo así, abrigado por su gabardina, con aire remoto y preocupado, sintió lástima y afecto por él. Se reclinó contra el árbol que daba sombra a la banca.

—Bueno —dijo—. Vamos a acostarnos, tal vez podamos dormir un rato.